

LA ECONOMÍA POLÍTICA DEL ESTANCAMIENTO

Antonio J. González, Economía política de Puerto Rico.

Editorial Cordillera, San Juan, P.R., 1967 (168 pp; \$3.00).

La historia del movimiento independentista muestra que la Economía no es su fuerte. Lamentablemente, los planteamientos y estudios económicos sobre la deformada economía colonial comparan desfavorablemente con las incontables disquisiciones jurídicas y políticas. En el pasado creímos que para desenmascarar al imperialismo bastaba con apelar a los principios jurídicos (la nulidad del Tratado de París), a las decisiones de los organismos internacionales (la resolución 1514 de la O.N.U.) y al puro patriotismo ("en el fondo cada puertorriqueño es un independentista"). De ahí que la lucha política se librara en la estratosfera romántico-legal, tocando sólo de rechazo la naturaleza económica del imperialismo norteamericano.

Hoy, un sector del movimiento independentista comprende que la Ley no es más que la teología del capitalismo. En consecuencia, rechaza la lucha política abstracta y recurre a la economía, entre otras disciplinas, como fundamento sólido de sus planteamientos políticos. Ya el colonialismo no es un mero disparate jurídico de unos políticos inescrupulosos sino el dominio descarnado de los recursos económicos y de la fuerza de trabajo de los puertorriqueños.

Sin embargo, esta nueva conciencia no ha producido todavía un estudio serio y profundo sobre la economía colonial de Puerto Rico. Desgraciadamente, Economía política de Puerto Rico, del profesor universitario Antonio J. González, no llena ese lamentable vacío.

El autor pertenece al ala del independentismo liberal que rechaza, por razones

"tácticas," todo planteamiento que escandalice a los sectores más reaccionarios y que enturbie ante los ojos de Washington la "respectabilidad" de la lucha independentista. Por consiguiente, esta corriente liberal no considera prudente mencionar desde la tribuna independentista a Albizu Campos y a Fidel Castro --"cada vez que Mari Bras los menciona perdemos 25 votos"--- ni al imperialismo por su nombre.

Fiel a estos principios tácticos, el autor no menciona ni una vez en su libro, no ya la palabra, sino tampoco el fenómeno real del imperialismo ni su efecto deformador sobre nuestra economía. Pero como no basta con eliminar la palabra de nuestro vocabulario para que el imperialismo desaparezca, la existencia física y evidente de ese mismo imperialismo se torna en contra del autor y hace de su libro una mera crítica contemporizadora.

El autor, al destacar la singularidad del caso de Puerto Rico, incurre en una de las principales fallas de su estudio: el microanálisis. No advierte que el imperialismo es un fenómeno universal. De esta manera concibe el desbalance económico existente como resultado de la peculiar dependencia puertorriqueña al gobierno de los Estados Unidos y no como el fenómeno global del colonialismo y el neocolonialismo que afecta no sólo a las tradicionales áreas subdesarrolladas sino también a países desarrollados como Inglaterra, Canadá, Japón, etc.

Y si bien el autor señala el peligro de que la experiencia de P.R. se copie en otros países latinoamericanos, es incapaz de ver que compartimos con América Latina la

TODAVIA ESTAMOS POR VER EN QUE PARTE DEL MUNDO EL CAPITALISMO HA BENEFICIADO A TODOS POR IGUAL: PUERTO RICO NO ES EXCEPCION A ESA REGLA FUNDAMENTAL

condición de países penetrados y explotados por el capital extranjero. Y que si el tipo de explotación varía --allí a través de la extracción de materias primas; aquí a través del aprovechamiento de un mercado protegido, de una excensión contributiva, de unos sueldos bajos, etc.-- ambos sufrimos la pérdida de nuestro excedente económico y, por ende, ambos estamos condenados, mientras exista esa situación, a vivir en el subdesarrollo y en franca dependencia política y económica de los que poseen el capital. (Véase, La economía política del crecimiento, de Paul A. Baran.)

Reconocemos, sin embargo, otras diferencias: En P.R. el imperialismo no reconoce ninguna clase de independencia formal: P.R. está encajado dentro del sistema norteamericano y por lo tanto la lucha contra el imperialismo es frontal desde las primeras etapas. Mientras que en la América Latina existe una independencia formal por lo que la lucha, en sus inicios, se libra contra un gobierno "nacional," intermedio del imperialismo. Pero a la larga ambos tienen que enfrentarse al mismo enemigo.

No se trata, pues, de un problema institucional, de una mera dependencia constitucional y legal, como dice el autor, sino de un sometimiento económico surgido del capitalismo y el imperialismo norteamericanos. El problema de los salarios es muy elocuente al respecto. Es en este renglón donde las corporaciones norteamericanas tienen su picnic, ya que el gobierno de P.R. los mantiene bajos, deliberadamente, para atraer las inversiones norteamericanas.

Pero, por otro lado, aquí rigen las normas de la ley de salarios mínimos federales. Mientras el Congreso de los E.U. presiona para que los salarios aumenten

progresivamente hasta reducir las diferencias actuales, el gobierno de P.R. lucha por mantener los salarios bajos como estímulo al capital extranjero.

Por lo tanto, el profesor González afirma: "A medida que los salarios en los sectores industriales afectados por la legislación federal aumentan, se va reduciendo el incentivo para las inversiones norteamericanas en la Isla. La elevación consiguiente en los costos de producción reducirá la capacidad competitiva de las empresas que venden en el continente y podrá inclusive provocarse un caos en nuestra economía."

Esto, en conclusión, según el autor es una evidencia clara "de los caracteres precarios que puede asumir la política de desarrollo económico de PR mientras tenga que moverse en el marco constitucional-legal que le impone la presente condición política."

Este dilema lo soluciona el autor con una fórmula mágica: "una política de salarios que provea para el estímulo de las inversiones de capital al mismo tiempo que para el progresivo aumento de los niveles de vida de los trabajadores, sin menoscabo del desarrollo." Es decir, una política en que todos ganan y nadie pierde.

Esa sería la solución si el problema residiera en un mero choque de organismos burocráticos o de legislaciones dispares y si el sistema no se llamara capitalismo. Todavía estamos por ver en qué parte del mundo el capitalismo ha beneficiado a todos por igual. Por eso es que destacamos el hecho de que el problema de los salarios no es accidental sino fundamental, inherente no sólo a la colonia sino también al orden capitalista. El dilema entre las ganancias de los capitalistas y mejores salarios nunca se resuelve dentro del capitalismo para toda la población, aunque sí para un sector.

CLARO ESTA, GONZALEZ NO ESCRIBE DESDE UN PUNTO DE VISTA FAVORABLE A LA CLASE OBRERA -- ASUME LA TESIS LIBERAL-CAPITALISTA DE LA "REVOLUCION PACIFICA"

CUYO DEFENSOR MAS NOTORIO ES LUIS MUÑOZ MARIN

Es precisamente esa diferencia, surgida de la posesión de los medios de producción por una minoría, lo que explica la existencia de capitalistas y trabajadores. Mientras a esa minoría se le garantiza por ley la explotación de la mayoría, es decir, mientras unos trabajan para el enriquecimiento de otros, la desigualdad salarial será la orden del día.

Aún cuando los trabajadores puedan reducir el grado de explotación a través de luchas por mejores salarios y mejores condiciones de trabajo, siempre existirá el desnivel en los salarios. Desaparecerá el día en que el fruto del trabajo revierta a los trabajadores y no a los capitalistas. Cuando esto ocurra, cuando el incentivo de la ganancia no sea el móvil principal de la inversión de capital, le habrá llegado la hora al capitalismo.

Claro está, el autor no escribe desde un punto de vista favorable a la clase obrera sino desde la posición de un economista liberal pro-capitalista que suscribe la desacreditada tesis de la "revolución pacífica," cuyo defensor más notorio es Muñoz Marín.

Frente al dilema evolución o revolución, dice, P.R. ha escogido el primer camino: "En la feliz solución de este dilema, en el caso de P.R., el marco legal, constitucional y político en que nos desenvolvemos fue un factor determinante. El proceso de transformación deliberada o planificada no provocó la reacción violenta que suelen oponer los intereses afectados por los planes de desarrollo."

Las condiciones indispensables para el triunfo de esta "revolución pacífica" fueron la "unidad política" y la "unidad de propósitos." A partir de 1940, "...

"... en la medida en que el gobierno de P.R. aumentaba su radio de acción en el manejo de la administración pública local, la ingerencia y la influencia de los intereses económicos norteamericanos tradicionales se fue reduciendo. Al debilitarse la fuerza política de los intereses económicos que se habían atrincherado durante la primera fase de la administración norteamericana, los intereses del pueblo de P.R. representados por el Gobierno Insular, estuvieron mejor defendidos y protegidos ante las autoridades federales. Es decir, a la unidad política siguió una mayor unidad de propósitos."

"... la consolidación del poder público en manos de un liderato político [del Partido Popular] dispuesto a bregar con los problemas económicos de la Isla y el nombramiento de Rexford G. Tugwell como gobernador, fueron puntales para el logro de la unidad política."

Sin embargo, el propio autor logra desinflar, sin quererlo, esta loa desmesurada al referirse al papel desempeñado por las corporaciones norteamericanas en la fijación de los fletes marítimos y en la implantación de la ley de 500 acres.

En el caso de los fletes marítimos el Dr. González afirma: "Los monopolios navieros han demostrado siempre estar en posición más sólida para lograr que la Comisión de Fletes Marítimos aumente los mismos entre P.R. y el continente, que el Gobierno para impedirlo."

Si ésto ha sido así antes y después de 1940, ¿cómo es posible afirmar que "la ingerencia y la influencia de los intereses económicos norteamericanos tradicionales se fue reduciendo?"

La Junta de Planificación todavía no ha emprendido ningún plan para solucionar los problemas, presentes y futuros, de alimentación de nuestra creciente población, a través de la explotación racional de la tierra, nuestra principal riqueza.

Se limita a verla correr al mar por efecto de la erosión, desperdiciada irremediablemente por la construcción desordenada de urbanizaciones o en estado improductivo, como si todavía compartiera la creencia medieval de dejar "descansar" las tierras para que recobren sus minerales.

Aún más: todavía no contamos con un estudio geológico serio que nos permita concebir la posibilidad de desarrollar una industria metalúrgica puertorriqueña.

Es preciso, pues, descartar el concepto actual de planificación y concebirla como el esfuerzo consciente del hombre por convertirse en su propia providencia, con la ayuda de la ciencia y la técnica. Pero en P.R., la única providencia que conocen nuestros gobernantes es la Philips Petroleum o la Ponce Mining. Mañana tal vez sea la Compagnie Minière du Katanga.

Es absurda, por lo tanto, la conclusión del Dr. González: "Los esfuerzos de planificación realizados por la Junta constituyen uno de los aspectos más sobresalientes y dignos de emulación del programa del desarrollo económico lanzado por el gobierno del país."

Ahora bien, si la planificación social no existe en la Junta de Planificación, mucho menos existe en el Banco de Fomento Industrial y en la Administración de Fomento Industrial. Esta última es la encargada de llevar de la mano a los inversionistas norteamericanos por el paraíso de las inversiones que es P.R.

En consecuencia, le ofrecen a los consorcios extranjeros una clase obrera desorganizada --en uno de sus folletos les comunica, como una ventaja, que sólo el 18% de los obreros de las fábricas auspiciadas por Fomento están unionados-- y les exime de pagos sobre la renta, sobre la propiedad, y sobre todos los beneficios derivados de las inversiones de capital en las industrias.

Además, según el Dr. González, las empresas extranjeras reciben ayuda en la selección y adiestramiento, al igual que en la contratación del personal técnico y administrativo, y reciben información sobre la legislación obrero-patronal, salarios, condiciones ambientales, etc. Y como si esto no bastara, la Administración de Fomento Económico comparte con la empresa los costos iniciales de adiestramiento del personal técnico y administrativo.

Esto, que a claras luces no es más que la entrega total del país al capital norteamericano, según el autor, "parece ser una de las mayores contribuciones que el desarrollo económico de P.R. puede brindar a los esfuerzos de otros pueblos."

Pero el mismo autor, como es su costumbre, derrota sus propias conclusiones al afirmar: "Considerando que el rápido aumento en el producto nacional bruto se debe principalmente a la tendencia expansionista registrada en el sector manufacturero, resulta paradójico que, desde el 1950 hasta el 1962, el nivel general de empleos no refleje incremento en este periodo de industrialización."

Y añade: "De 1950 a 1964 se registra una pérdida de 81 mil empleos en la agricultura. ... a pesar de que la fuerza trabajadora se mantuvo más o menos constante de 1950 a 1964, la expansión registrada en el sector industrial, el sector público y los servicios

LA CONDUCTA DE LA JUNTA DE PLANIFICACION Y LA ADMINISTRACION DE FOMENTO SOLO PRUEBA QUE DEBEMOS DESCARTAR EL ESTRECHO CRITERIO ACTUAL DE PLANIFICACION QUE AMBAS EJEMPLIFICAN

EL LIBRO DE GONZALEZ AYUDA A REPLANTEAR Y REFORMULAR LOS CONCEPTOS QUE
UNOS Y OTROS TENEMOS SOBRE EL IMPERIALISMO Y EL VERDADERO SIGNIFICADO DE LA
I N D E P E N D E N C I A

antes de la confección del plan final.

A todos estos factores tenemos que añadir otro: el patriotismo. Quizás este último provoque un encojimiento de hombros de los economistas liberales, ya que no es "medible" o tal vez es muy "subjetivo."

Lo cierto es que sin el patriotismo, sin el sacrificio consciente de la población por el bienestar general, la ayuda exterior se habría convertido en dependencia exterior y las duras tareas de la reconstrucción del país se habrían trocado en pesimismo y desaliento y en un derrotero incierto del desarrollo de la economía y la vida social coreana.

La ignorancia de ejemplos tan aleccionadores, unida a la ignorancia del imperialismo en todas sus formas, contribuye a que este libro no sea más que un programa económico de los populares soberanistas, un punto intermedio en el que se tocan los independentistas liberales y los liberales populares.

De todas maneras, el que un puertorriqueño escriba un libro sobre economía política ayuda a replantear y reformular los conceptos que unos y otros tenemos sobre el imperialismo y sobre el verdadero significado de la independencia.

Pero si seguimos las recomendaciones del Dr. González estaremos sembrando las semillas de futuros problemas. Y es que la independencia formal favorecida por el autor sólo sirve para sembrar ilusiones sobre el imperialismo, sobre el capital extranjero y sobre el capitalismo.

Si desde ahora adoptamos una actitud fatalista y echamos nuestra suerte junto con el capitalismo norteamericano y con el "patriotismo" de los capitalistas nativos, estaremos derrotados antes de comenzar la lucha. Estaremos proclamando en la práctica nuestra incapacidad para salir del subdesarrollo por nuestro propio esfuerzo y nuestra desconfianza en la inteligencia y el ingenio del pueblo puertorriqueño para acabar con una dependencia política y económica secular.

No se adelanta, pues, la hora de la independencia adoptando ante el imperialismo una mirada seráfica y unas poses "decentes" y "pacíficas" sino haciéndole costoso, en términos económicos y políticos, su dominio colonial. Y esto se logrará sólo a través de una lucha que cree una conciencia de cambio en la fábrica y la comunidad: la conciencia de que el fruto del trabajo le pertenece a los trabajadores, de que las condiciones miserables de vida las engendra el colonialismo, de que las decisiones vitales --como el servicio militar obliga-

torio-- residen en el individuo y no son impuestas por una ley arbitraria.

Pero quien se contente con una república mediatizada antes de alcanzarla, nunca podrá ligar a la lucha independentista los mejores talentos y los hombres más sacrificados de este país. Nadie en su sano juicio va a sacrificar su trabajo, su carrera, su bienestar y hasta la vida misma, por una república en la que la General Electric, la CORCO, la Philips, la Libby's y la Stokely VanCamp manden más que el pueblo mismo.

Esto ya ocurrió en América Latina y en Africa. Volverlo a repetir aquí no es meramente un suicidio ... es una estupidez.

--Gervasio L. García